



SUPLEMENTO CULTURAL

EL MOLLETE
LITERARIO

Terremotos 1985:
Una conciencia efímera
La prensa mexicana
ante el 19-S

Por Carlos Ramírez
► I - IV

EL MOLLETE *Literario*

NUEVA ÉPOCA, NÚMERO 33

Terremotos 1985: Una conciencia efímera La prensa mexicana ante el 19-S

por Carlos Ramírez

Duró poco, pero fue una experiencia irreversible.

La mañana del 19 de septiembre de 1985, los periódicos de la ciudad de México comenzaron su rutina en un escenario poco común, cuya presión creciente se notaba día a día en los espacios informativos. La evolución negativa de la economía, la multiplicación de las protestas sociales por el corte ortodoxo de la política económica, la irritación por los fraudes electorales de julio y el deterioro paulatino del sistema político, el fracaso de la estrategia estabilizadora, la profundización en julio de las medidas económicas que no habían dado resultados en el curso de dos años y medio y las fricciones constantes entre la política del gobierno y un discurso resquebrajado por la realidad, estaban ya mostrándose abiertamente e incidiendo en las líneas editoriales de los diarios en busca de difusión, explicación y análisis de fondo.

El tono institucional de la información tenía ya algunos meses de haberse trastocado en función de las características e intereses particulares de cada medio. Los conservadores, simultáneamente vinculados a grupos empresariales, insistían en cuestionar, desde la información y el uso de fuentes de noticias interesadas, la capacidad del Estado para seguir conduciendo políticas fallidas y estatistas. Los institucionales no podían dejar de exhibir algunas contradicciones hacia el interior del grupo gobernante. Lo vinculados al propio Estado parecían atrapados en justificaciones y acreditaciones hacia una crisis inocultable. Los críticos continuaban ahondando las culpabilidades e insatisfacciones. Y los progresistas hacía tiempo que habían abierto sus páginas y sus columnas aun debate profundo sobre la viabilidad de esquema entronizado en el país en diciembre de 1982 y acerca de la urgencia de cambios indispensables para evitar un deterioro más profundo de la política, la economía y los grupos sociales mayoritarios.



La grave destrucción de los sismos en 1985. (Foto: Archivo)

En los primeros minutos después del terremoto de las siete diez y nueve de la mañana del 19 de septiembre y durante treinta días, sectores importantes de la prensa mexicana - a todo lo largo de la columna vertebral del cuerpo editorial- superaron el síndrome de 1968 y saltaron el muro de su propio prestigio y baja credibilidad. Atrapados entre el interés gubernamental por convertirlos en un problema fundamental de seguridad nacional -los temores del Estados Unidos y al control del ejército fueron evidentes- y en una cuestión de estabilidad política básica y las demandas sociales de informaciones veraces y explicativas de lo que estaba pasando y de lo que vendrá después, los medios- en mayor o menor medida, en función de intereses particulares sin un plan preconcebido rebasados inclusive por la misma información y aprovechando los vacíos de la política de comunicación social del gobierno- se convirtieron en una instancia social imprescindible

y negociadora: foro de debate, inspectores del discurso oficial, parlamento, espacios, contestatarios, verificadores de la acción pública, partidos políticos, críticos implacables de los errores, usuarios de los ámbitos desocupados por el gobierno, memoria social, opinión pública, interlocutores permanentes de las comisiones gubernamentales de emergencia, llave para abrir puertas políticas tradicionalmente cerradas, expresión múltiple de un desconcertada pero reanimada sociedad civil, avenidas para manifestaciones sociales impresas y canales de comunicación social del Estado y hacia él.

Sin que nadie se lo propusiera de antemano, el sistema político se vio repentinamente rebasado. Pero por poco tiempo, porque algo ocurrió en el camino. La carencia de nuevas definiciones de la política de información de los periódicos y la incapacidad de la prensa para ocupar a largo plazo los espacios conquistados en breve tiempo, contribuyeron que finalmente el objetivo gubernamental de la vuelta a la normalidad se impusiera en las líneas editoriales, aunque quedaran por ahí algunos parajes insistiendo en que la recuperación de la tranquilidad era imposible e intentado impedir el retroceso o la expulsión de los nuevos escenarios para la información y la crítica a los tradicionales damnificados del periodismo. Menos de setenta días después del terremoto, apenas tres periódicos y una revista -*Excelsior*, *La Jornada*, *unomásuno* y *Proceso*- asumieron el compromiso abierto de seguir reseñando las dificultades de la reconstrucción. Otros dos se vieron receptivos pero con poca iniciativa -*El Día* y *El Universal*- respecto de las protestas sociales por la burocracia y la negativa a la solución de los problemas. Otros -*El Heraldo de México* e *Impacto*- politizaron e ideologizaron los conflictos a raíz del de-

creto expropiatorio y convirtieron los errores gubernamentales en una descalificación de la capacidad de gobernar y los manejaron como elementos de desconfianza.

Y aunque duró poco, al final de cuentas esas semanas de reavivamiento del periodismo escrito fueron tiempo preciso y precioso para comprender el papel social de la prensa. Los periódicos desplazaron a la televisión privada y pública -la primera, interesada en circunscribir la tragedia en una pequeña zona del centro de la ciudad y deseosa de no provocar pánico que se le creara mal ambiente al mundial de fútbol "México 86" y la segunda, celosa y presurosa por propiciar el regreso informativo a la normalidad política institucional-. El grado de registrarse una demanda adicional de periódicos y un repunte de la lectura y seguimiento de algunos de ellos en particular. No fue sólo la indiscreción o el morbo por las decenas de fotografías, sino la preocupación por los testimonios de los afectados por los terremotos y los lastimados por la lentitud y las contradicciones en la ayuda oficial y el desvelo por conocer las diferentes facetas del acontecimiento que la televisión y la radio no podían complacer.

Atrás quedaban otras experiencias. En el temblor de 1957 la prensa operó como tranquilizante. En el movimiento estudiantil de 1968 funcionó como desinformadora y desmovilizadora de ciertos sectores populares, así como propiciadora de juicios inquisitoriales. En la devaluación de 1976 evitó la ruptura del orden institucional, aun a costa de posponer enjuiciamientos y críticas. En el colapso financiero de 1982 no se atrevió a revelar la culpabilidad gubernamental. Y en las protestas sociales de 1984 y 1985 por el carácter antipopular del ajuste ortodoxo dudó bastante en acreditarle el costo



La portada de Excelsior. (Foto: Archivo)



social directamente a la fallida estrategia oficial. Curioso: en los primeros días posteriores a los terremotos, hubo una especie de consenso en los periódicos respecto a la urgencia de atender también a los damnificados de la fracasada política económica de tres años de supeditación a los criterios de funcionarios conservadores, del Fondo Monetario Internacional y de los bancos acreedores; las necesidades de indemnización a esos sacrificados por el recetario financiero gubernamental adquirieron casi el mismo rango de importancia que el de los dañados directamente por los terremotos.

Así, el periodismo tuvo una conciencia efímera. Géneros olvidados en la uniformidad de la información salieron a relucir, y los viejos debates acerca de la objetividad y la subjetividad se archivaron ante la emergencia informativa y noticiosa y las demandas sociales de explicación que se acentuaron por los terremotos. La crónica, el reportaje, el testimonio, el relato, el análisis, la ruptura de sospechas sobre supuestos partidismos en determinadas fuentes de información, el seguimiento vigilante de algunos hechos, la información de archivo, la contextualización de noticias y la búsqueda de la perspectiva social de los sucesos del 19 y 20 de septiembre saltaron a las primeras planas de los periódicos como denuncias, fiscalizaciones y registro de compromisos gubernamentales a verificar.

Dos hechos fueron ejemplarmente manifestados. Uno, pese a la avalancha informativa oficial del regreso a la normalidad y al silencio acerca de algunos problemas que sacaron a la superficie los terremotos, la prensa logró convertir el drama de tres mil quinientas costureras en un problema nacional y obligó al gobierno a atender sus demandas: audiencia presidencial, registro del sindicato -tarea obstaculizada hasta antes del 19 de septiembre, por las propias autoridades laborales- y apoyo oficial en sus negociaciones con los empresarios textiles. Hasta el periódico El Nacional -portavoz del gobierno y generalmente proclive a evadir espinosos asuntos que involucren silencios oficiales- denunció a empresarios del ramo que rescataron su maquinaria de edificios derrumbados y dejaron en el abandono a sus trabajadoras.

Otro: nunca antes en la historia política de la revolución institucionalizada, la presión informativa de periódicos y periodistas había pedido de manera tan insistente y global la renuncia de miembros del gabinete presidencial, ni había exhibido ante la opinión pública delicadas informaciones incriminantes de corrupción, encubrimiento delictuoso e incompetencia de tres altos funcionarios rumbo a la picota política: la gestión y persona del entonces secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, Guillermo Carrillo Arana, involucrado en la construc-



Foto: Archivo

ción fraudulenta de los derrumbados Hospital Juárez y Centro Médico; la entonces procuradora de Justicia del DF, Victoria Adato de Ibarra, acusada de solapar a agentes de la Policía Judicial el Distrito que habían detenido ilegalmente y torturado a un grupo de delinquentes colombianos, a un abogado defensor e delitos comunes y a un estudiante universitario, cuyos cadáveres aparecieron entre los escombros; y del jefe del Departamento del Distrito Federal, Ramón Aguirre Velázquez, acusado de ineptitud en la conducción de la Comisión Metropolitana de Emergencia.

Después de los terremotos de septiembre de 1985, la prensa mexicana no puede ser la misma. Los últimos decenios habían sido e un penoso caminar por el filo de la navaja y de la pérdida de credibilidad: de la coincidencia de criterios con la política oficial hasta casi finales de los sesentas y su papel clave como pilar del sistema político, había llegado a enfrentarse a exigencias de evolución. En el pasado, los intentos sociales de ruptura de la institucionalidad eran vistos en la prensa como disidencias registrables pero poco influyentes en la definición de posturas, criterios, líneas editoriales. A lo largo de casi cuarenta años, de 1930 a 1968, se consolidó un sistema nacional de comunicación fundamentado en el control y la persuasión, al grado de convertir a la información en elemento subsidiario de la institucionalidad política posrevolucionaria, a costa de un deterioro progresivo de la reputación y solvencia de los medios escritos y del surgimiento y expansión de la televisión privada al amparo del Estado conciliador y misto.

En esos años milagrosos en lo político y algo en lo económico, las protestas sociales- trabajadores, campesinos y clases medias-, se enmarcaron en el contexto de una rebeldía contra el Estado y contra el sistema y, por ello -según la lógica oficial-, apenas encontraron registro en los medios de difusión. Carlos Fuentes fotografió ese hecho, como parte el tiempo mexicano de la estabilidad institucional como ejercicio de la política, en Tiempo Mexicano: "la prensa mexicana fomenta el odio internacional, oculta los problemas nacionales y es el signo más evidente de la falta de causas que den expresión pública a la inteligencia de los ciudadanos y a los problemas reales del pueblo".

Así fue. La realidad nacional no pasó necesariamente por los periódicos más que como consigna o denuncia de intentos de ruptura o subversión de la institucionalidad o como apotegmas de una clase política sin rupturas ni claudicaciones internas: los ferrocarrileros, los médicos, los campesinos, el cruel asesinato el líder agrario Rubén Jaramillo y su familia, fueron soslayados por los

periódicos. A 1968 la prensa mexicana llegó contradictoria. Supo que no podía ocultar lo evidente, pero sí difundió condenando: extirpo y aisló. No por menos algunas de las grandes manifestaciones populares se desviaron un poco de la ruta para gritar "¡prensa vendida!", frente a las oficinas de alguno de los grandes diarios. Hubo más: en junio de 1969 lo confirmó el escritor Martín Luis Guzmán, director de la revista Tiempo, en el discurso pronunciado a nombre de todos los dueños de los periódicos en la comida del Día de la Libertad de Prensa: el movimiento estudiantil, de claros perfiles de disidencia popular y reprimido a sangre y fuego el 2 de octubre de 1968, tenía "evidentes tendencias subversivas", además de haber mostrado otras aberraciones- a juicio que era portavoz de los editores- origen turbio, pretensiones falsamente declaradas y desmesuradas, lenguaje deliberadamente confusionista, objetivos hacia la guerrilla y terror, manipulación desde afuera como un complot comunista contra las instituciones mexicanas.

Con esta cauda de problemas, contradicciones y armaduras, la prensa mexicana entró a los turbulentos años setenta. De 1970 a 1976 se mezcla la corrupción y la apertura política, entre la cooptación, la válvula de escape y el golpe gubernamental contra la crítica. La devaluación de 1976 significó, a decir de la prensa, la quiebra de un modelo económico presionado externamente; de ahí el llamado constante, moral y político, económico a medias, a la recuperación de la normalidad, tropiezo devaluatorio de por medio. La crisis de 1982 no supo explicarse y la información, desordenada y exculpatoria de la responsabilidad oficial, contribuyó a la pérdida de confianza. A lo largo de 1983 y 1984, frente a los temas candentes de la crisis, el costo social de la estrategia estabilizadora y los salvavidas mexicanos del sistema financiero internacional, la prensa apareció con espacios cada día más democráticos, independientes y analíticos.

El contexto de esta última fase del proceso es amplio y diverso: ausencia de una coherente política de comunicación social del Estado, desplazamiento de la prensa hacia las orillas del sistema político, conquista y posesión de pequeños y crecientes espacios críticos, proclividad hacia un periodismo especializado en asuntos políticos y económicos, reflejo de la misma crisis política y económica en las condiciones de vida de los periodistas, diáspora del periodismo crítico de Excelsior en 1976, surgimiento de una nueva generación de periodistas marcada por los problemas sociales y económicos de su entorno inmediato y, sobre todo, incidencia irreversible de la reforma política nacional de los últimos ocho años en una mini-reforma política en los propios medios de informa-



La portada de El País, de España. (Foto: Archivo)



ción escritos. Lo anterior condujo a la prensa a una profesionalización más apresurada y a una asimilación de voces y plumas oposicionistas, al tiempo que se notó un desesperamiento de una sociedad civil desarticulada pero capaz de hacerse notar en situaciones adversas; desde las protestas por el carácter ortodoxo y el costo social de la política económica a su inclusión por méritos propios en los trabajos políticos y económicos de la reconstrucción pos terremoto.

Los primeros efectos del terremoto del 19 de septiembre se dejaron sentir en los propios medios de comunicación: la antena maestra de Televisa se desplomó y sacó del aire a los cuatro canales privados. Radio Fórmula se derrumbó y los escombros mataron a varios periodistas. Otros periodistas de El Día quedaron atrapados en el hotel Regis. Un reportero de La Jornada pereció en un edificio. Varios informadores del Canal 2 murieron entre los escombros del edificio Chapultepec. La tragedia convirtió a algunos periodistas en fuente de información y en damnificados: alrededor de una veintena de reporteros perdieron sus casas en el terremoto. Dos de ellos vivían en el edificio Nuevo León de Tlatelolco y sabían de los problemas de corruptelas entre funcionarios y caseros contra los habitantes de esa populosa zona.

Frente al desconcierto, la pesada maquinaria informativa se puso en marcha. Varias ediciones especiales salieron a la calle el mismo 19 de septiembre, independientemente de que las ediciones normales circularan al medio día y en la tarde fueron dedicadas íntegramente al terremoto: fotos, notas, testimonios apresurados, evaluaciones y cuantificaciones superficiales. Excelsior lanzó una edición nocturna extraordinaria. Novedades, periódico poco motivado a romper la rutina, emitió dos ediciones extras el jueves 19. El Universal rehizo sobre la marcha la edición de El Gráfico y aún le dio tiempo para dos ediciones especiales más.

La información fue disímil y desconcertante. En los primeros minutos después del temblor los reporteros se lanzaron a la calle a verificar daños y a recoger testimonios. Se usaron autos, motocicletas y bicicletas. El viejo y a veces marginado periodismo reportero volvió a sus fueros. El interés por informar los llevó, inclusive, a conocer zonas de desastre mucho antes que las brigadas gubernamentales de rescate y auxilio llegaran allí. Los reporteros salieron de todas partes, sin importar mucho su especialización o información asignada. El oficio volvió a latir. Ante el retraso en la información de Televisa, el interés por minimizar los efectos que se notó en la información del Canal 11, la confusión y proclividad por reiterar la normalidad en los noticieros de Canal 13 y la superficialidad e interés de la radio por con-

vertirse en servicio social de información y no en difusión periodística, buena parte de las noticias más atendibles acerca del terremoto del jueves 19 fue atribución de la prensa escrita.

Pero desde el mismo primer día comenzaron a esbozarse las dificultades. Al conocerse el tamaño del terremoto y tenerse evidencia de la magnitud de los primeros daños -hotel Regis, Secretaría de Marina, Hospital Juárez, Centro Médico, edificio Nuevo León de Tlatelolco-, la estrategia informativa gubernamental quiso tender un espeso manto de confusión para tomar el control informativo del siniestro. Pero fue imposible controlar a una prensa escrita más preparada que otros medios de difusión para atender este tipo de emergencias. Cada periódico designó a la totalidad de sus reporteros y fotógrafos a reportear el siniestro y el día 20 de septiembre aparecieron las ediciones matutinas cotidianas con la primera plana dedicada íntegramente a los daños del terremoto.

Dos hechos causaron fricciones entre la prensa y el gobierno: el número de muertos y la publicación de fotografías sobre edificios afectados y otras imágenes desoladoras del terremoto. Del primer punto, la política informativa gubernamental quiso disminuir el daño en vidas humanas, como una manera de evitar reacciones de pánico. Pero desde ese mismo instante y por esa clara y abierta intensión, la opinión pública comenzó a desconfiar de la información oficial. Para el gobierno según la información acreditada a Ramón Aguirre Velázquez hacia el 20 de septiembre, se habían rescatado mil trescientos cadáveres. Sin embargo, la información oficial no era uniforme, pues paralelamente a ese dato, la propia Secretaría de Protección y Vialidad del DDF -La ex Dirección General de Policía y Tránsito- había contabilizado seis mil doscientos noventa y nueve personas muertas rescatadas de los edificios. Esta fricción y falta de credibilidad en los datos gubernamentales entraron en conflicto de manera inmediata -sobre todo en lo que a difusión de datos en la prensa extranjera, norteamericana fundamentalmente se refiere-, cuando el embajador de Estados Unidos en México, John Gavin, hizo su propio recorrido y su propia evaluación y declaró que había en México alrededor de diez mil muertos, como mínimo, a consecuencia de los terremotos.

Los periódicos, por su parte, hicieron sus propias cuentas y sus principales informaciones enfatizaron los datos de sus propias fuentes de información y apenas consignaron los informes oficiales. Excelsior no se comprometió y en sus cabezas más importantes habló nada más e "varios miles de muertos". La Jornada consignó diez mil muertos, en una evaluación que se despen-



La portada de unomásuno. (Foto: Archivo)

dia del número de edificios derrumbados y del cálculo de las personas que los habitaban. Varios periódicos coincidieron en una evaluación más o menos intermedia: Uno más Uno, El Día y Ovaciones, señalaron la cifra de cinco mil muertos. Curiosamente, La Prensa, un periódico popular y proclive a magnificar las noticias y hechos policíacos y de sangre, habló de cinco mil muertos. Aunque se notó el interés editorial por no causar alarma en el manejo de muertos por los terremotos, de todas maneras la consignación de números mayores a los incluidos en los boletines oficiales indicó el primer punto de fricción entre el gobierno y los medios.

Habrían de darse, en el curso de los días siguientes, algunos incidentes ríspidos entre la fuente gubernamental de información y los canales de transmisión tradicionalmente acrílicos, en una muestra de los espacios de independencia y denuncia que alcanza los periódicos en los primeros días después de los terremotos. Hacia el martes 24 de septiembre, cuando los propios periódicos habían ido demostrando que la cifra de muertos rebasaba con mucho las estimaciones oficiales- hubo indagaciones en panteones, crematorios, familias afectadas, etcétera- de tres mil muertos, la estrategia oficial de información desmovilizadora y propiciatoria de la vuelta a la normalidad se exhibió como un juego macabro de superficialidad irresponsable. Al director de Información

del DDF, el exdiputado Humberto Romero Pérez- secretario particular del presidente del presidente Adolfo López Mateos-, los reporteros de la fuente lo sorprendieron ese martes dando una declaración oficial de dos mil quinientos muertos cuando el boletín gubernamental del lunes consignaba tres mil. Cuentan los reporteros que el funcionario lo pensó un momento y dijo: "póngale tres mil cien".

El otro punto de roce entre los periódicos y el gobierno fue también ilustrativo. ¿Cómo facilitar el regreso a la normalidad o disminuir el pánico de la gente- sobre todo porque durante los primeros diez días después del 19 de septiembre siguió temblando a razón de cuatro veces por hora- si los medios continuaban ofreciendo las dramáticas imágenes del desastre? La televisión privada volvió inmediatamente a su programación de entretenimiento, porque "la vida debe seguir", según consignaron los animadores de algunos programas musicales. La televisión oficial circunscribió las imágenes del desastre a sus noticieros tradicionales y siempre enfatizando que lo peor había pasado y que la ciudad de México regresaba poco a poco a su rutina. Así, televisión y radio habían operado como medios rápidos de información durante los primeros días, pero no rebasaron los límites de articulación clave en el esquema del sistema político ni la superficialidad característica de esos medios.



Foto: Archivo



Sólo los periódicos continuaron su propia tarea, al grado de aumentar rápidamente y de un día a otro su circulación. En el fondo de esta inusitada demanda estaba el tipo de cobertura: informativa, analítica, ilustrada y de denuncia- de los terremotos. Los periódicos se negaron a regresar a la normalidad. Inclusive, *El Heraldo de México* y *Novedades*, así como el Nacional- los tres caracterizados por una tendencia abierta y reconocida en sus compromisos informativos-, se vieron arrastrados por los demás en su cobertura amplia de los problemas causados- en los ámbitos políticos, económico e institucional- por los terremotos. El uso de las fotografías para ilustrar sus textos -como *El Financiero*-, apoyaron sus notas y reportajes del siniestro con impresionantes placas de edificios derrumbados. El primer día las fotos fueron básicas para fijar la magnitud del desastre. El lector llegó a comprender la emergencia después de ver algunas imágenes en la televisión y confirmarlas en los periódicos. Los principales diarios publicaron entre cincuenta y ciento veinte fotografías el día 20 de septiembre. Después varió el número de ellas, pero durante algunos días las fotos de primera plana tenían que ver con los terremotos: rescates, demoliciones, nuevos edificios lastimados que se descubrieron, etcétera. *Excelsior* destinó durante cuatro semanas algo más de cuatro páginas diarias a fotografías. La *Jornada* fue más selectiva, pero las fotografías no cesaron. *El Día* destinó casi la mitad del espacio de su suplemento diario *Metropoli* a las imágenes de los días posteriores a los terremotos. *El Universal* utilizó la segunda parte de víctimas. *El Heraldo de México* supo hacer uso de su buena impresión fotográfica a lo largo de los días posteriores al 19 de septiembre.

Por segunda ocasión- la primera fue cuando el estallido gas en San Juan Xhuatpec-, la palabra solidaridad se imprimió en letras grandes en las primeras planas de los diarios. La tragedia provocada por los terremotos había mostrado la disponibilidad precisamente de los sectores sociales más dañados en los últimos años por la política económica. Los periódicos destacaron hechos concretos: "se humanizó la capital. Fluyó la mejor prueba de que la mejor riqueza de los mexicanos somos los propios mexicanos" en *El Heraldo de México*. "Es la hora del luto. Que lo sea también de la reconstrucción oficial. Los periódicos tuvieron en sus manos importantes hilos informativos: fotografías, información, reportaje, evaluaciones propias de daños, caricaturas, análisis, editoriales, artículos, desplegados, columnas y todo lo que sirviera para denunciar la realidad. Asimismo, en esos difíciles días se confirmó un hecho que ya había sido detectado: funcionarios, legisladores y dirigentes partidistas se volvieron peridistas -vía el artículo y el comentario editoriales- y lograron mayores espacios de atención y resonancia, así como respuestas de la realidad, mucho más amplias que las conseguidas desde la administración públicas, el Congreso, los mítines políticos o los boletines: los priistas desde *El Sol de México*, el PAN desde *Excelsior* e *Impacto* y la oposición desde *El Universal*, *La*

Por lo demás, la política informativa de los medios fue registrar, paso a paso, la evolución de los acontecimientos. Unos fueron más certeros que otros, pero en lo general los periódicos tomaron nota de las muestras de solidaridad social y del interés gubernamental por atender los acontecimientos, pero el descubrimiento de la corrupción y de las verdaderas intenciones oficiales exacerbó las fricciones. La prensa denunció la corrupción, señaló a los responsables, hizo énfasis en el surgimiento de la sociedad civil, delató las contradicciones internas hacia el interior del gobierno, inculcó los intentos de desmovilización social de grupos de

damnificados, apoyó el decreto expropiatorio pero también reveló la irresponsabilidad en ese proceso, atendió los intereses de los grupos más afectados - como las costureras y los médicos del Centro Médico- y alentó la organización de los damnificados.

No todos los periódicos atendieron completamente estos asuntos. *El Financiero* hizo hincapié en los efectos económicos del sismo y la necesidad de nuevas condiciones y realidades para el manejo de la deuda. *Excelsior* mostró todas las tendencias, pero siempre enfatizando más la corrupción y dejando a sus colaboradores apoyaran sus denuncias, como el caso de la hebra en significativa carta el Presidente, por los perio-

promotor de debate político. Los demás periódicos no tomaron demasiadas iniciativas destacables, aunque no dejaron de sumarse a la competencia por analizar las crisis post terremoto desde perspectiva de avances políticos de los grupos sociales afectados.

Pero aún con la irregularidad del caso y de las deficiencias de una estrategia diseñada sobre la marcha, la información periodística se fue resistiendo a la vuelta a la normalidad, que era ni más ni menos echar por la borda las sanas experiencias sociales y políticas que había permitido expresarse después de los terremotos o evitar las manifestaciones cada día más coherentes de esa sociedad civil que fue capaz de la solidaridad.



La portada de *El Universal*. (Foto: Archivo)

distas Raúl Prieto y Manú Dornbier contra las corruptelas del entonces secretario de Desarrollo Urbano y Ecología. El Día se abrió con cuidado al análisis y a las denuncias de los grupos afectados, al tiempo que hacía resaltar la necesidad de defender los intereses populares en la reconstrucción. *El Universal* vió sucumbir sus notas informativas por el enorme peso de columnistas, editorialistas, y caricaturistas independientes. *unomásuno* dejó el grueso de su información en los analistas agudos, políticos en sus enfoques, destacando en sus editoriales la consolidación de la sociedad civil. La *Jornada* asumió el doble papel de intermediario social y de

De esta manera, a lo largo de casi cuatro semanas los temas tratados por la prensa fueron evadiendo el control y la intensión gubernamental y, por el contrario, hubo días en los que la información periodística se volvió contra la propia estrategia gubernamental: las denuncias de corrupción y las evidencias del desorden gubernamental para atender la emergencia. En los casos del Centro Médico, Taltelolco, las costureras y los despojos y asaltos policíacos a los vendedores del mercado de Jamaica- los testimonios y fotografías de *Excelsior* y *La Jornada* obligaron a las autoridades a un acto de contrición-, la prensa denunció autoritarismos y falsos discursos políticos.

La muerte de los colombianos, un abogado y un estudiante con huellas de tortura, se convirtió en un escándalo político. Primero fueron los periódicos -*Excelsior*, *El Universal*, *La Jornada* y *unomásuno*- los que abrieron el expediente, inclusive incluyeron entrevistas con familiares y médicos legistas, y luego la revista *Proceso* destacó un enviado a Bogotá. El asunto pasó a manos de las Naciones Unidas y se convirtió en un escándalo político internacional. La reacción oficial no fue menos exhibida: la Cámara de Diputados aceptó la explicación de la entonces procuradora Victoria Adato de Ibarra y se negó a citarla a una comparecencia del pleno de la Cámara Baja. Informes publicados posteriormente por la Procuraduría refrendaron la explicación gubernamental de que los muertos encontrados en los escombros habían perecido por los derrumbes y no tenían huellas de tortura física -hubo tortura psicológica, aceptó el subprocurador-, pese a testimonios en contrario.

La expropiación de siete mil predios el 11 de octubre comenzó a advertir el agotamiento de la apertura informativa espontánea de los medios. Algunos por intereses muy claros, defecionaron al encontrarse que el siguiente paso era el de relanzar a la sociedad civil y política en el rumbo de medidas radicales. *Novedades*, con editoriales y artículos tangenciales, advirtió el peligro de lo que sectores conservadores comenzaron a caracterizar como "ruptura del estado de derecho, el mismo argumento que esos sectores utilizaron para bombardear en 1982 la nacionalización de la banca y el control cambiario. *El Heraldo de México*, por su parte, comenzó a sacar las castañas del fuego con la mano del gato, pues acreditó las protestas a grupos empresariales en notas de primera plana bastante destacadas. Los demás diarios, vieron en la medida un hecho natural y sin tintes ideológicos, aunque enfocaron las baterías a los errores de la selección e predios destacables y propiciaron la renuncia de tres delegados políticos y del secretario general del DDF, además de conseguir la destitución del director de información del Departamento Central por sus constantes errores en el trato con la prensa.

Pero vino el regreso a la normalidad. Sin pasar por un proceso profundo de autocritica, depuración a fondo de sus políticas informativas, las estrategias noticiosas de los periódicos no alcanzaron la consistencia suficiente para resistir el largo plazo. Era obvio: la democratización de la información es imposible sin antes pasar por la democratización de los propios medios de información. La inconsistencia se abrió después del periodo romántico de recuperación del profesionalismo informativo. Pero ese regreso a la normalidad no se dio por los trabajadores de la información, sino por los responsables de definir y diseñar las políticas informativas.

Los dos meses de los terremotos, la información volvió a la normalidad. Ciertamente algunos diarios continuaron ocupándose de los asuntos- protestas de damnificados, vigilancia del uso escrupuloso de la ayuda y seguimiento de algunas acciones oficiales- vinculados con los terremotos, pero no con mitificador de la realidad oficial. La *Jornada* siguió dedicando la contra portada a reportajes diarios de Elena Poniatowska: *Proceso* destinó un espacio fijo a Carlos Monsiváis para crónicas sobre las secuelas; *Excelsior* dejó permanentemente la página uno de su sección C para testimonios de importantes grupos de investigadores sociales. Los demás periódicos no cerraron del todo sus espacios, aunque sus iniciativas se sustituyeron por la tradicional pasividad.

La experiencia duro poco, pero demostró a los propios medios de difusión impresos de lo que son capaces. Sólo faltó convertir esa experiencia en una política permanente.